

Copia textual de la carta que Daniel Granada escribió a Enrique Amorim, con motivo de "Las Quitanderas"; el original fue regalado por E. A. a Emir Rodríguez Monegal.

"Madrid, 26 de abril de 1924.

Sr. D. Enrique M. Amorim.
Buenos Aires.

Muy señor mío y amigo: he recibido el ejemplar del episodio campestre titulada "Las Quitanderas", que ha tenido V. la bondad de enviarme, con afectuosa dedicatoria, en la que manifiesta V. el deseo de conocer el juicio que me sugiera. Muy honrado yo con ello, transmitiré a V. ante todo la grata impresión que me ha producido un obsequio tan acomodado a mis antiguas aficiones. Ecasas son por demás las relaciones literarias entre los países hispanoamericanos y su antigua metrópoli. Así sucede que autores aquí enteramente desconocidos, ilustran las letras de América, con trabajos en que campean las glas de la lengua castellana, como lo hacen ver las breves páginas de "Las Quitanderas": modelo acabado en el género descriptivo, tan difícil en su aparente facilidad. Con gran precisión y sobriedad de estilo, pone V. delante de los ojos del lector una escena viviente, en que parece estarse viendo moverse calladamente los personajes entre las sombras de la noche. Es un crudo relato naturalista, según se expresa el Sor. Leguizamón; pero sin asomo de desenfadado ni otra nueva que la de ofrecer una exactísima pintura de costumbres camperas. Naturalmente no podían faltar en ella los términos y frases vulgares del criollaje. Su uso es muy legítimo y necesario a la perfección de todo cuadro de costumbres populares, como lo preconiza el ilustre autor de "Montañas" y de "Recuerdos de la tierra". Esos términos y frases suelen ennoblecerse, incorporándose al lenguaje ciudadano. En tal caso se hallan los de quitanda y quitandera, muy usados y conocidos al norte del Uruguay, como no dudo que lo serán en Corrientes y Entreríos (1), en Misiones y en el Paraguay. Que Segovia, con ser correntino, no registre en su Dicc.^o de Argent.^{mos} la voz quitandera ni la de quitanda, como tampoco Garzón en su Dicc.^o Argent.^o, no arguye por sí sólo que ignoren su existencia. Puede ser que no las registrasen, por omisión involuntaria, como me ha sucedido a mí en el Vocab.^o Riopl. En cambio las tengo registradas en un trabajo inédito que intitulo Vocabulario Paranaense, para cuya impresión no sé si encontraré editor en la Península. Pero el sentido recto de quitandera es el de mujer que tiene a cargo una quitanda, y se da el nombre de quitanda a un puesto, atendido por mujeres, en el que se venden cosas de merienda (pasteles, alfajores, naranjas, bananas, etc.) en las reuniones y fiestas campestres. Esas mujeres, que por lo regular son chinas y por lo mismo fáciles, no por eso han de reputarse todas deshonestas. El sentido en que V. aplica la voz quitandera, no es el significado originario y propio que le corresponde; sino una acepción derivada de la condición más común en las mujeres que se dedican a ese tráfico. El episodio que usted magistralmente relata, aunque obra de su invención, está enteramente ajustado a la realidad, así en su composición como en el lenguaje: es posible y verosímil en el conjunto y en todas sus partes, concurriendo por tanto al conocimiento de vida nacional y de su historia. Trabajos de esa índole se hallan en el mismo caso que la novela picaresca de la décimaséptimacenturia en España, forma literaria que no tiene

(1). Ortografía del original.

Copia textual de la carta que Daniel Granada escribió a Enrique Amorin, con motivo de "Las Quitanderas"; el original fue regalado por E. A. a Emir Rodríguez Monegal.

(Continuación.)

competidora, por su mérito intrínseco, en ninguna otra nación. Su excelencia no es debida únicamente al superior ingenio de sus autores; sino precisamente a que tenían delante de los ojos la fuente originaria de sus creaciones: inventadas, pero verosímiles.

Soy del mismo dictamen que el Sr. Leguizamón y V. sobre la etimología de la voz quitanda, y por derivación portuguesa el vocablo quitandera, expresiones que del Brasil pasaron a las zonas limítrofes de habla española: uno de tantos rastros de la época gloriosa en que la gente lusitana descubría y sujetaba a su dominio las costas occidentales del África. Hállase la voz quitanda (en el sentido de mercado o puesto de venta de comestibles) en los diccionarios de lenguas indígenas de la Senegambia.

Volviendo al episodio de "Las Quitanderas", ¡qué contrastes ofrece el fallo de la multitud sobre las acciones humanas! Objeto de mofa y ludibrio, por no amar nada, acaba el Correntino en ser escarnecido y muerto a palos, por amar demasiado, por amar con ternura infantil.

Doy a V. las más expresivas gracias por el obsequio, ofreciéndome de V. af.^{mo} amigo y atento servidor, q. b. a. m.

Daniel Granada.

s/c Carranza 5, ... (2) izq.

(2) Abreviatura ilegible en el original.